



Escalinata del Belvedere del Vaticano

clásico de la proporción. Pero la obra de Bramante llegó a ser realmente grandiosa cuando encontró un protector en el Pontífice Julio II, cuyas miras extralimitadas de potencia fueron quizá superadas únicamente por su férrea voluntad. El, que ponía la defensa y la gloria del pontificado en la afirmación de su grandeza política y de su externo esplendor, que había obligado a Miguel Angel a efectuar—no obstante su negativa—los trabajos de la Capilla Sixtina, que había confiado a Rafael la decoración de las habitaciones del Vaticano, vió en Bramante el hombre capaz de llevar a la práctica sus sueños ambiciosos de hacer de Roma y del Vaticano el símbolo de la potencia del pontificado. Comenzó para nuestro arquitecto un período de gran actividad. Se ocupó de los arrabales próximos a San Pedro donde construyó palacios grandiosos; arregló el barrio que hallaba a lo largo del Tíber; trazó la hermosísima calle Juliense ampliando aquel concepto de urbanística «renacentista», cuyas bases habían sido lanzadas por León Bautista Alberti.

Dibujó el arreglo de los *Palacios Vaticanos*, en los cuales intervinieron más tarde otros arquitectos, entre ellos Sangallo y Rafael. Pertenece a Bramante el arreglo de algunos patios entre los relativos edificios anejos, como el Patio de *San Dámaso*, especialmente el monumental *del Belvedere*, que se cierra en una porción llamada *Patio de la Piña* con un cuerpo de edificio en el cual se encaja el «*Nicchione*» semicircular, semejante a la mitad de un panteón. En este nicho inmenso, realmente nuevo en la arquitectura, se afirma mejor que en otra parte la grandiosa fantasía creadora del artista.

Cuando Julio II pensó en un rehacimiento completo de la Iglesia de San Pedro, la antigua basilica constantiniana, cuya conservación había sido preocupación constante de numerosos Pontífices, confió el encargo a Bramante, que en una especie de certamen había vencido fácilmente al propio rival Juliano Sangallo. El primer proyecto de la nueva y monumental basilica fué, por tanto, de Bramante, y la primera piedra de la construcción fué puesta el 18 de abril de 1506. El proyecto estaba constituido por un gran cuerpo cuadrado sobre cuya parte central—sostenida por inmensos pilares—apoyaba una vasta cúpula, mientras otras cuatro cúpulas menores se elevaban en los ángulos del cuadrado. De cada cara del cuerpo cuadrado partía el brazo de una cruz griega terminada en ábside. Era un sueño grandioso que tendía a fundir en una belleza única el panteón, Santa Sofía de Constantinopla, San Marcos de Venecia y Santa María de la Flor de Florencia.

En el año 1513, cuando murió Julio II, los trabajos fueron interrumpidos; se hallaban próximos a su término los cuatro grandes pilares sobre los cuales surge la actual cúpula de Miguel Angel. En el año 1514 murió Bramante. Más tarde la dirección de la construcción fué confiada a Rafael, cuyo nombre había sido propuesto por el mismo Bramante. Después se sucedieron en la construcción de los trabajos Juliano de Sangallo, Fra Giocondo de Verona, Baltasar Peruzzi, Antonio de Sangallo, Miguel Angel, Vignola, Giacomo de la Porta, Domingo Fontana, Maderno y Bernini (autor de la decoración interna). El proyecto sufrió, naturalmente, varias modificaciones; la primera, por obra de Rafael y Juliano de Sangallo, que cambió el unitario proyecto bramantesco de cruz griega en uno de cruz latina. Miguel Angel reanudó el proyecto de Bramante, que terminaba «claro, escueto, luminoso», afirmando que «quien se aleja de Bramante se aleja de la verdad». Pero Maderno, que terminó la construcción por deseo del Papa Pablo V, añadió un brazo al brazo de ingreso de la cruz griega, transformándola finalmente de este modo en cruz latina.

Bramante fué, además, buen pintor; pero si bien en la pintura no aparece su personalidad, en la arquitectura, por el contrario, ha dejado una huella tan profunda y una escuela tan vasta que se le puede justamente llamar el más grande arquitecto del Renacimiento italiano.